

**Mercedes Madrid**

# **La misoginia en Grecia**



**F E M I N I S M O S**

La misoginia es una de las características que se suelen atribuir al pensamiento griego y esta atribución se justifica en la lectura de autores como Hesíodo o Semónides o en las afirmaciones de numerosos personajes del teatro griego, por mencionar solo los ejemplos donde la hostilidad hacia las mujeres se manifiesta de una manera evidente y explícita. La misoginia de los antiguos griegos se constituyó en un tópico que ha permanecido incuestionable casi hasta nuestros días. Este libro plantea la revisión del concepto de misoginia por medio de la valoración que de la imagen de lo femenino se construye en el discurso poético griego. Además, trata de hallar las razones históricas, sociales, políticas o psicológicas que están en la base de la hostilidad hacia las mujeres e intenta delimitar la función que en el pensamiento griego cumplió la misoginia en la interpretación, ordenación y control de la realidad.

# **Feminismos**

Consejo asesor:

Giulia Colaizzi: Universitat de Valencia

María Teresa Gallego: Universidad Autónoma de Madrid

Isabel Martínez Benlloch: Universitat de Valencia

Mary Nash: Universidad Central de Barcelona

Verena Stolcke: Universidad Autónoma de Barcelona

Amelia Valcárcel: Universidad de Oviedo

Instituto de la Mujer

Dirección y coordinación: Isabel Morant Deusa: Universitat  
de Valencia

*A Juanjo, Pablo y Helena Montero*

A propósito de las mujeres, a menudo me han preocupado ciertos interrogantes: ¿por qué razón las mujeres no quieren escribir poesía sobre el hombre como sexo?, ¿por qué la mujer es un sueño y un terror para el hombre y no al revés?... ¿se trata solo de un convencionalismo y de buenos modales o hay algo más profundo?

J. Harrison a G. Murray.

Cuando un tema se presta mucho a controversia –y cualquier cuestión relativa a los sexos es de este tipo– uno no puede esperar decir la verdad. Solo puede explicar cómo llegó a profesar tal o cual opinión.

V. Woolf, *Una habitación propia*.

## Prólogo

El presente libro es el resultado de una Tesis de Doctorado que se plantea como objetivos básicos revisar, en primer lugar, el concepto de misoginia por medio de la valoración que de la imagen de lo femenino se construye en el discurso poético griego y, en segundo lugar, trata de hallar, por una parte, las razones históricas, sociales, políticas o psicológicas que están en la base de la hostilidad contra las mujeres y, por otra, intenta delimitar la función que en el pensamiento griego cumplió la misoginia en la interpretación, ordenación y control de la realidad. Como se sabe, la poesía en la Grecia antigua no solo tiene un valor estético, sino que forma parte de un sistema de pensamiento y de representaciones más amplio, de una organización mental de la realidad que comprende el mito, el ritual, las instituciones políticas, familiares, etc., lo que confiere a los poetas griegos el estatuto especial de ser los encargados de transmitir la sabiduría de la comunidad y la tradición<sup>[1]</sup>. De ahí, pues, que la misoginia sea un producto cultural que hay que situar en el nivel de las representaciones colectivas y de los sistemas simbólicos creados por la sociedad griega en cuyo seno se alimenta la creación literaria de cada época. Por otra parte, no creemos que la hostilidad contra las mujeres deba considerarse un rasgo permanente del pensamiento griego, sino que, a pesar de la uniformidad de los estereotipos con que el rechazo de las mujeres se formula en la poesía griega, la misoginia debe tener una historia relacionada con las condiciones socia-

les, económicas, políticas e intelectuales que se producen en cada época determinada (P. Schmitt-Pentel, 1984: 108), de acuerdo con las cuales esta es objeto de desplazamientos y reformulaciones.

En la lectura que nos hemos propuesto de los textos griegos hemos evitado el considerarlos como posibles fuentes históricas más o menos en bruto, cosa que a veces ha ocurrido con determinados géneros y autores, como, por ejemplo, con Jenofonte o más claramente con Aristófanes, cuyas comedias se han considerado como prueba suplementaria tanto de la emancipación de las mujeres de su época como de la degradación moral de las mismas a consecuencia de la guerra del Peloponeso. Y ello porque, aparte de la falta de rigor que estas extrapolaciones suponen, nuestro interés no reside tanto en saber cómo fue la situación real de las mujeres griegas, cuanto en ver qué presencia hay de las mismas en estos textos, cómo se crea la imagen de lo femenino, qué valoración recibe, a qué razones responde y cómo se sirven los diversos autores de esta especie de discurso sobre las mujeres que se inicia en Homero y Hesíodo. En lo que respecta a la utilización de los textos, nos ha parecido que era importante dejar que fueran ellos los que hablaran por sí mismos, si bien, dado que las citas son muy numerosas y con el fin de hacer más ligera la lectura, solo aparecen traducidos textualmente los pasajes referidos a las manifestaciones expresas de misoginia, mientras que en los demás casos hemos optado por resumir el contenido de cada pasaje o fragmento, recurriendo a las comillas solo en aquellos casos en los que la literalidad de alguna frase o palabra nos ha parecido que era significativa.

Una cuestión previa que se nos planteó desde el inicio de este trabajo fue la necesidad de precisar el significado del propio término «misoginia», es decir, clarificar a qué nos referimos exactamente cuando lo empleamos, pues, si bien es cierto que este vocablo es muy nítido desde el

punto de vista etimológico, el uso generalizado y no siempre preciso que de él se ha hecho ha acabado por ampliar su campo semántico hasta el punto de abarcar desde la forma más sutil de desprecio hacia las mujeres, que es el silencio sobre ellas, hasta las manifestaciones más explícitas y contundentes de odio hacia el género femenino, pasando por todo tipo de expresiones de hostilidad, desdén y menosprecio. De esta manera, creemos que este término sirve para describir dos actitudes, que, para una mayor claridad de análisis, denominaremos «ginecofobia» y «sexismo», respectivamente. Es posible que desde el punto de vista psicológico ambas actitudes sean manifestaciones de un mismo sentimiento, pero creemos que, en la imagen de las mujeres que se corresponde con cada una de ellas, hay diferencias importantes que conviene matizar. Si consideramos la ginecofobia como la hostilidad hacia las mujeres nacida de un sentimiento de temor-odio, y el sexismo como el menosprecio inspirado en la creencia de que un sexo (en este caso, el masculino) es superior por naturaleza al otro (sin que importe aquí cuáles son las razones de orden psicológico a que responde este sentimiento de superioridad), la imagen de las mujeres es muy distinta: en el primer caso, responde a la de seres peligrosos y malignos, a los que se teme y desea el mal, porque se les considera dotados de un poder superior que se percibe como una amenaza; en el segundo, se las ve como seres inferiores que todo lo más que inspiran es desdén o desprecio, porque se las minusvalora. Por otra parte, el sexismo, correlato directo de la subordinación de las mujeres, se detecta como una constante en las más diversas sociedades y culturas. Sabemos por el trabajo de los historiadores y antropólogos que la intensidad de la minusvaloración de las mujeres puede variar, según las sociedades y épocas, desde la disimetría en la asignación de papeles y tareas sociales (justificada teóricamente por la creencia de que existen distintas capacidades en cada



sexo), hasta la taxativa exclusión de las mujeres de determinadas funciones (razonada por una supuesta incapacidad congénita para ellas); pero no siempre esta minusvaloración suele ir acompañada de manifestaciones explícitas de aversión ni las mujeres son presentadas como una fuente de peligros. La ginecofobia, por el contrario, no es una constante, sino que aparece puntual, aunque periódicamente, en determinados momentos históricos, bien porque se convierte a las mujeres en chivos expiatorios en que se polarizan todo tipo de temores, bien porque las mujeres se salen del *status* que la sociedad les ha otorgado, o bien por ambas cosas a la vez. Es en estas circunstancias cuando, en nuestra opinión, se presenta a las mujeres como seres amenazadores cuyos poderes se magnifican hasta hacer peligrar la estabilidad de la sociedad, y, para conjurar el temor que inspiran, se las denigra y vitupera.

Por último, conviene aclarar que, a pesar de que el campo acotado inicialmente para este trabajo era la producción poética de los siglos VII, VI y V a.C., hemos incluido un último capítulo en el que se analizan la valoración de las mujeres en la *República* y las *Leyes* de Platón, ya que este filósofo, a la hora de dar forma a la ciudad ideal, se plantea también la «cuestión de las mujeres» y pone fin a la marginación política de las mismas, lo que le obliga, a su vez, a desmentir la creencia tradicional en la existencia de una naturaleza femenina diferente, cuando no opuesta, a la masculina. Esta decisión de Platón, a nuestro entender, produce un cambio en la imagen que hasta entonces los poetas habían construido de las mujeres, y exige una nueva conceptualización de lo femenino, lo que, a su vez, nos parecía que tenía que tener un reflejo en los sentimientos que las mujeres inspiraban. Y ello es lo que nos ha llevado, por último, a analizar el papel que Aristóteles asigna a las mujeres en la *Política* y el concepto de naturaleza femenina que construye para las hembras en la *Re-*

*producción de los animales*, precisamente el tratado biológico que recoge la mayoría de las conclusiones a que había llegado en obras anteriores sobre esta materia.

Para los textos griegos hemos seguido las siguientes ediciones:

Para la *Ilíada*, la edición de D.B. Monro y T.W. Allen en OCT, Oxford, 1920<sup>3</sup>, y para la *Odisea*, la de T.W. Allen en OCT, Oxford, 1912. Para Hesíodo, la edición de F. Solmsen en OCT, Oxford, 1970. Para los líricos, la edición de D.L. Page, *Poetae Melici Graeci*, Oxford, 1962 (PMG); el *Supplementum Lyricis Graecis*, Oxford, 1974; la de C.M. Bowra, *Pindari Carmina cum fragmentis*, Oxford, 1947<sup>2</sup>; la de M. Balasch, *Baquílides*, Barcelona, 1962; la de E. Lobel y D. Page, *Poetarum Lesbiorum fragmenta*, Oxford, 1955; la de F.R. Adrados, *Líricos griegos. Elegíacos y yambógrafos arcaicos*, I-II, Barcelona, 1981-1956; y para Safo, la de E.M. Voigt, *Sappho und Alkaios. Fragmenta*, Amsterdam, 1971. Para Eurípides, la edición de G. Murray en OCT, Oxford, 1913<sup>2</sup>-1913<sup>3</sup>-1902; para Esquilo, la de G. Murray en OCT, Oxford, 1955<sup>2</sup>; y para Sófocles, la de A.C. Pearson en OCT, Oxford, 1924. Para Aristófanes, la edición de F.W. Hall y W.M. Geldart en OCT, Oxford, 1901-1907 (reimp. 1978). Para las obras de Platón, la edición de J. Burnet en OCT, Oxford, 1901-1907; y para Aristóteles, las ediciones de H.J. Drossaart Lulofs, *De generatione Animalium* en OCT, Oxford, 1965, y W.L. Newman, *The Politics of Aristotle*, Oxford, 1887-1902 (en la edición bilingüe de J. Marías y M. Araujo, Madrid, 1970<sup>2</sup>–reimp. 1989–).

## Introducción

La misoginia es una de las características que generalmente se suele atribuir al pensamiento griego y esta atribución encuentra su justificación en la lectura de autores como Hesíodo o Semónides, o en las afirmaciones de numerosos personajes del teatro griego, por mencionar solo los ejemplos donde la hostilidad hacia las mujeres se manifiesta de una manera evidente y explícita. Por otra parte, en los propios textos griegos se alude a una tradición poética de vituperio femenino de la que la antología de Estobeo puede ser una magnífica muestra. Asimismo, hubo también algún autor griego al que desde la más temprana antigüedad se le asignó el calificativo de «misógino», como es el caso de Eurípides, cuya fama de enemigo de las mujeres se remonta a las *Tesmoforiantes* de Aristófanes. De esta manera, la misoginia de los antiguos griegos se constituyó en un tópico que ha permanecido incuestionable prácticamente hasta nuestros días. Tradicionalmente en el quehacer de los filólogos y helenistas no se ha prestado una atención específica a las manifestaciones de hostilidad hacia las mujeres, pese a que, ya desde finales del siglo pasado y con la minuciosidad que caracteriza a la filología de la época, las mujeres griegas han sido objeto de numerosos estudios, si bien en ellos el interés está centrado fundamentalmente en su situación social y en dilucidar el mayor o menor grado de libertad del que las mujeres griegas gozaron. En aquellos estudios en que se menciona el rechazo que lo femenino provocaba en los auto-

res griegos, este casi siempre se achaca a la escasa relevancia social que las mujeres tenían y a su deficiente educación. Pero, pese a lo endeble de esta justificación que, en todo caso, daría cuenta del menosprecio de las mujeres, pero no de la virulencia con que se manifiesta la aversión hacia ellas en muchos textos griegos, no se vio la necesidad de explicar esta cuestión desde otro punto de vista, en parte, por las exigencias de la propia metodología de investigación en vigencia y, probablemente, también porque esta misma virulencia resultaba incómoda y pertenecía, como la pederastia, a ese lado oscuro de los griegos que no se solía abordar porque desentonaba con la imagen luminosa, racional e idealizada que de la Grecia antigua se había creado. Precisamente, ambas cuestiones, la de la homosexualidad y la de la misoginia, se han asociado con frecuencia e incluso se ha tratado de buscar en cada una de ellas la razón de ser de la otra, estableciéndose entre ambas una relación de causa y efecto que, según los autores, funciona en una u otra dirección: ¿es el poco atractivo de las mujeres y el rechazo que despertaban lo que hacía que los hombres se inclinaran por las relaciones con otros hombres o viceversa? Esta es una formulación del problema que, en nuestra opinión, se agota en sí misma, no solo por su evidente carácter circular, sino también porque, como expondremos más adelante, cualquier investigación que se proponga analizar este tópico de la misoginia atribuida al pensamiento griego debe soslayar de entrada los planteamientos globales y dilucidar previamente cuestiones tales como: ¿la misoginia patente en algunos autores griegos es atribuible solo a ellos o se enraíza en el subsuelo que alimenta a todo el pensamiento griego?, ¿la misoginia es una constante del pensamiento de la Grecia antigua o solo se manifiesta en determinados momentos de su historia?, ¿se odia a todas las mujeres, o a unas sí y a otras no?, ¿la hostilidad es hacia las mujeres reales o hacia la imagen que de ellas se ha creado?, ¿se

rechaza la feminidad en su totalidad o determinadas características de lo femenino?, etc. En nuestra opinión, es imprescindible tener presentes estas cuestiones a la hora de delimitar el campo de investigación y de plantear el problema de las razones de la misoginia de los griegos.

## 1. LAS TEORÍAS SOBRE LA MISOGINIA

La hostilidad hacia las mujeres tal como se manifiesta en algunos autores griegos subyace en muchas de las formulaciones con que esta aparece en las representaciones simbólicas de la cultura occidental. Sin embargo, hay diferencias notables entre las manifestaciones de la misoginia griega y las que caracterizan el pensamiento europeo posterior, sobre todo el de aquellas épocas en que, por diversas razones, esta se exagera, como ocurrió en la Baja Edad Media o en el siglo XIX. La misoginia europea es fundamentalmente una herencia de la tradición hebrea, donde la mujer aparece como un ser perverso, en el sentido más propio del término<sup>[2]</sup>. En el capítulo segundo del Génesis, al menos en la versión oficial impuesta por el cristianismo, Javé, una vez terminada la creación, pensó que no era bueno que el hombre estuviese solo y entonces creó a la mujer de una costilla de Adán (*Génesis*, II 20-23). Eva, pues, no fue hecha de tierra y agua ni en el momento primordial de la creación, como había ocurrido con el primer hombre, sino como un complemento de este, como una porción suya destinada a procurarle compañía y felicidad. Pero Eva pervertió el fin para el que fue creada, pecó e hizo pecar a Adán, y por ello durante toda su existencia sus hijas tendrán que pagar y expiar esta culpa. Y no es porque el mal estuviera en la primera mujer como algo congénito a su ser, sino porque, dada su naturaleza inferior, fue elegida por el enemigo de Javé, y así fueron su debilidad, su

irresponsabilidad y su incapacidad para prever las consecuencias de sus acciones lo que le impidieron resistirse a la serpiente. De esta manera, los encantos que Javé le había dado para que proporcionara al hombre la felicidad, Eva los utilizó para seducirlo y acarrearle el mal. En la *Biblia*, por tanto, la mujer no es un ser poderoso o temible, ni tampoco intrínsecamente malo, sino culpable e impuro por una falta que, eso sí, atrajo la desgracia para todo el género humano. La tradición europea de la bruja y sus versiones posteriores de la mujer perversa (incluida la *femme fatale* de la tradición cinematográfica) no se entronca con la Grecia antigua, sino que responde más bien a la misoginia hebrea (aunque se viera reforzada con los sentimientos que entre los griegos despertaban figuras como la Esfinge o las Sirenas), ya que no se teme propiamente a las mujeres, sino la perdición que traen consigo y que lleva al camino del mal, a las garras de Satán.

Estas diferencias en la imagen de las mujeres, que la Grecia antigua y la cultura occidental ilustran, parece que tienen que ver con las circunstancias políticas, sociales y religiosas de cada época histórica, pero muchos autores las pasan por alto para resaltar el hecho de que el rechazo a las mujeres, revista la forma que revista, se detecta a lo largo de la historia en las sociedades y culturas más diversas. Por otra parte, y dado que la subordinación de las mujeres a los varones se considera también un hecho prácticamente universal, algunas investigaciones han tratado de establecer una relación entre esta subordinación y la misoginia. Sin embargo, al menos a primera vista, se esperaría que fuera la posición de dominio de los varones la que hubiera generado en las mujeres estos sentimientos de rechazo hacia ellos, es decir, una tradición de «misandria», y no el fenómeno contrario, ya que parece más lógico que sea el subordinado el que sienta aversión y tema a quien lo domina, y no que quien tiene el poder manifieste odio y rechazo hacia quien considera inferior y le está subordina-

do, como parece haber sido el caso. El dar cuenta de esta paradoja ha llevado a plantear las razones de la misoginia en el terreno de la psicología profunda, allí donde anidan los traumas y temores más inconfesados de los seres humanos. No faltan hipótesis para explicar esta hostilidad en un temor de los varones hacia las mujeres, desde la ya clásica del miedo a la castración, sostenida por la escuela freudiana, a formulaciones más recientes que lo consideran una consecuencia de la envidia que la función de la maternidad despierta en el inconsciente masculino, pasando por quienes lo relacionan con la sospecha que despierta el deseo de las mujeres que, al ser distinto al del varón, es percibido por este como sinuoso, oscuro y perverso (Lorite Mena, 1987: 103), o con el miedo a la parte femenina que todo varón debe reprimir en sí mismo en su aprendizaje de la masculinidad (Badinter, 1993: 76). Por su parte, desde la antropología se ha postulado que fue la necesidad de mantener sometidas a las mujeres la que originó que se las presentara como seres peligrosos a los que era necesario controlar, con lo que la misoginia se considera una consecuencia directa de la subordinación de las mujeres. Dejando aparte el complejo problema de los orígenes y causas de esta subordinación, parece haber un cierto consenso en los estudios antropológicos en que, establecido el dominio masculino, este a su vez se vio notablemente reforzado por el continuo estado de guerra, que generó una cultura donde se consideró más valiosa la función de defender y morir por la supervivencia del grupo que la de reproducirlo (Presten-Wise-Werner, 1962: 10). Por otra parte, este dominio masculino supuso la creación de una idea de la «naturaleza» femenina en clara disimetría con la masculina, y así, cuando los varones se imaginaron a sí mismos, no lo hicieron como una parte de la especie humana, sino que se presentaron como «el» ser humano, y sus habilidades y capacidades se re-presenta-